ORACIÓN FÚNEBRE QUE, ANTE EL CADÁVER DEL ILMO. Y RDMO. SR. D. FR. EZEQUIEL MORENO Y DÍEZ, OBISPO DE PASTO (COLOMBIA, AMÉRICA DEL SUR), PRONUNCIÓ EL EXCMO. E ILMO. SR. D. FR. TORIBIO MINGUELLA Y ARNEDO, OBISPO DE SIGÜENZA, EN LA IGLESIA DE PP. AGUSTINOS RECOLETOS DE MONTEAGUDO (NAVARRA) EL DÍA 22 DE AGOSTO DE 1906,

MADRID (IMPRENTA DE GABRIEL LÓPEZ HORNO) 1906.

Llora, pobre familia, llora la muerte del más ilustre de tus miembros. Poned luto sobre vuestro luto, muy noble ciudad de Alfaro y nobilísima Descalcez Agustiniana, Madre mía querida, porque la pena que os causara la reciente defunción del Ilmo. Sr. D. Fray Nicolás Casas y Conde, gloria vuestra y gloria nuestra, agrávase hoy con la de otro hijo no menos insigne. Cúbrete de profunda tristeza, diócesis pastopolitana, porque has quedado huérfana de tu amoroso y amado Padre. Vierte lágrimas, república cristiana de Colombia, porque la pérdida de ese esforzado campeón de la fe ha sido para ti una pérdida nacional. Lamenta la desgracia, ¡oh santa Iglesia católica!, porque era el finado uno de tus más eminentes Pastores.

Y ha muerto relativamente joven, pues había nacido el 9 de Abril de 1848… No; el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Ezequiel Moreno y Díaz

nació el 19 de Agosto de 1906. Nuestro gran Padre San Agustín nos dice que los justos hállanse en este mundo como en estado de formación; y que verdaderamente nacen á la vida el día que nosotros llamamos el de su fallecimiento.

Enjuga tu llanto, pobre familia, bendecid al Señor, ciudad de Alfaro y Descalcez Agustiniana; mitíguese el dolor de la diócesis de Pasto, de la República de Colombia y de la Santa Iglesia, porque el Ilmo. Sr. Moreno ha entrado ya sin duda en las regiones de la inmortalidad, en la vida de la gloria.

Hermano de mi alma, juntos entramos un día en la Jerusalén del catolicismo, en la ciudad de Roma; los dos vestíamos la gala de nuestro hábito recoletano; pasó algún tiempo y á los dos en el mismo año nos pusieron sobre el hábito una cruz... ¿por qué no hemos entrado juntos en la celestial Jerusalén? He venido no sé si á predicar un sermón de honras en las exequias de un Obispo, ó el panegírico de un santo. Mientras la Iglesia no pronuncie su infalible juicio, no sabremos á ciencia católicamente cierta, si ya ocupas tu trono en la bienaventuranza, y deber nuestro es elevar sacrificios y otros sufragios por tu eterno descanso; pero tampoco nos. prohibe la Iglesia que en vista de una vida tan intachable, tan cristiana, tan perfecta, como religioso, como misionero y como Obispo, y contemplándote mártir, formemos y formulemos nuestro juicio, siempre sometido al suyo, no todavía para rendirte culto, mas sí para considerarte en el número de los bienaventurados. De todos modos fué tu divisa la gloria de Dios y la salvación de las almas; sean también las alabanzas que yo te tribute para glorificar á Dios, admirable en sus santos, y para que nos resolvamos á ser tus imitadores, como tú lo fuiste de Cristo.

ILMO. Y RDMO. SEÑOR[1]:

La oración fúnebre del Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, de la Orden de Ermitaños descalzos del Gran Padre San Agustín, ha venido escribiéndose desde hace diez y ocho años, y en gran parte nos la ha dejado escrita ese humildísimo religioso, bien ajeno entonces de que sus notas, aquellas efusiones de su alma enamorada, habían de resonar en esta iglesia de sus encantos y ante esa Virgen de

[1] El celebrante, Ilmo. Sr. D. Fr. Andrés Ferrero, Obispo dimisionario de Jaro (Filipinas). Asistían también comisiones del Excmo. Cabildo Catedral de Tarazona y de los Ayuntamientos de la ciudad de Alfaro y de la villa de Monteagudo.

sus amores. Redúcese mi pobre labor á recitar lo que del ilustre difunto han consignado sus biógrafos, y lo que él mismo consignara con su pluma, con sus palabras y con sus actos.

Justorum semita, nos dice el Espíritu Santo por boca de Salomón en el sagrado libro de los Proverbios, *justorum semita quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectum diem*[2].La senda o vida de los justos es como una luz brillante que va en aumento y. crece hasta el día perfecto. Yo describiré la aurora de esa luz, ó sea la niñez é infancia de ese varón justo, que recibió del Señor un alma buena, cultivada con esmero por sus piadosos padres; los cuales ofrecieron en este mismo templo el sacrificio del mayor de sus hijos, de nuestro inolvidable y querido Eustaquio, fallecido hace poco más de cinco años tras de intenso y largo sufrir, soportado con admirable paciencia. No mucho después de haber profesado el P. Eustaquio, quedó viuda la madre, sin más esperanza que su pequeño Ezequiel; y también á éste inspiró el Señor la gracia de la vocación al estado religioso, gracia perfectamente secundada por el humilde hijo, y no contrariada por la cristiana y generosa madre.

Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario, tomó aquí el hábito á los diez y seis años de edad, y comenzó á brillar en este cielo, «siendo, leemos en una de sus biografías, siendo durante el noviciado modelo de observancia, recogimiento y modestia),. Admitido con aprobación unánime de sus superiores á la profesión de votos simples, la emitió gozoso el 22 de Septiembre de 1865, y pasados tres años más en la práctica de la virtud y en el estudio, hizo la profesión de votos solemnes, avivándose de día en día la luz de su espíritu al disponerse para alumbrar en otros horizontes.

Formando parte de la misión de 1869, llegó al archipiélago filipino á principios del 70, y habiendo terminado allí su carrera literaria y recibido la sagrada Orden del Presbiterado, celebró su primera misa en Calapán, capital de la isla de Mindoro, donde su hermano Eustaquio era párroco y vicario foráneo. Perfectamente instruido en el idioma tagalog, de que luego fué maestro, diéronle títulos de *Misionero y Capellán Castrense,* pues se trataba de una colonia militar, y desembarcó en la Paragua el 4 de Marzo del 72.

> «Allí, en terreno virgen, cubierto de nociva maleza, tuvo que sentir los efectos del exceso de trabajo y de la escasez de recursos, y principalmente de un clima mortífero, siendo muy pronto «víctima de fiebres malignas, que pusieron su vida en inminente riesgo, y le obligaron á regresar á Manila.»

---

[2] Prov., IV, 18.

Para reponerse volvió al lado de su hermano, á quien sustituyó luego en la parroquia y vicaría, desempeñando por espacio de tres años, á satisfacción de todos, tan honrosos y pesados cargos. Organizó allí varias Misiones, dando testimonio de sus grandes aptitudes apostólicas, de que ofreció nuevas pruebas, ya en otros ministerios, ya como predicador conventual de Manila.

Cual buen operario evangélico trabajó el P. Ezequiel en Filipinas; muchos méritos contrajo en aquellas islas, donde aún perduran gratísimos recuerdos de su laboriosidad, de su dulzura, de sus fervientes é instructivos sermones, de la nobleza de su corazón, de sus virtudes por todos admiradas y veneradas. Y sin embargo, no era aquella su órbita. El Criador de todos los soles le tenía designado otro hemisferio, en el cual brillaría como astro de primera magnitud. Y de tal magnitud era la empresa que iba á confiarle, que quiso la divina Providencia disponerle con tres años de santa preparación en los mismos claustros donde se había preparado antes para misionar en Filipinas.

El Capítulo Provincial celebrado en Manila el año 1885; le nombro Rector de este Colegio de Monteagudo.

> «Aquí -dice uno de los que tuvieron la dicha de ser súbdito suyo-, aquí, ejemplar en todo y en todo observante, predicaba de continuo con sus actos lo que todos teníamos que practicar para ser perfectos religiosos, y cuando dirigía su palabra llena de santa unción á la Comunidad, no podían menos los corazones de encenderse en el amor de Dios y en el celo por su causa.»

Aquel amor de padre, aquellos cuidados de vigilante Pastor, aquella caridad sin límites, anunciaban al caritativo Padre y Pastor de mayor numero de almas.

Cuando Nuestro Rvmo. P. Fr. Gabino Sánchez de la Concepción, amado de Dios y de los hombres, gloria inmaculada de nuestra Descalcez, pudo llevar á término su obra magna de restablecer nuestra Provincia religiosa de la Candelaria en América, me encargó que recorriese nuestros Colegios y explorase la voluntad de los que quisieran tomar parte en la Misión que había de salir con destino a Colombia. Vine á Monteagudo, antes que a ningún otro, hablé al P. Ezequiel, y me dijo: «Dispongan de mí según les plazca, pues hace tiempo que me siento como llamado por Dios para esas Misiones. »

Era en Agosto de 1888, y á fines de Noviembre salió de Santander para Colombia la primera Misión compuesta de siete religiosos, de siete varones apostólicos, procedentes todos de este Colegio; iba de Presidente el P. Ezequiel, y llegados á Bogotá, entregáronse de lleno á las tareas de púlpito¡ y confesonario, de ejercicios espirituales á

todas las clases sociales, de dirección de Conventos, Colegios y asociaciones piadosas, mereciendo plácemes del clero y de los fieles, de las autoridades eclesiásticas y civil, y principalmente los plácemes de Dios. No hay para qué decir quién era el primero en aquellos trabajos y el alma de tan santa y fructífera labor.

> «Fué el día 7 de Noviembre de 1890, nos dice el cronista[3], cuando Nuestro P. Ezequiel (pues ya era Provincial), obedeciendo á secreto impulso que le pareció venir de lo Alto, salió de Bogotá con dirección á nuestro Convento de El Desierto, primero para consultar allí con Dios en el retiro, la empresa que meditaba, y segundo para ir de allá á Tunja, dar ejercicios al clero y consultar con el ilustrísimo Señor Obispo la conveniencia de realizar su pensamiento. Era éste hacer una expedición á los Llanos de Casanare, para explorar aquel campo y ver si se podían establecer Misiones en favor y bien de aquellas pobres almas, abandonadas en su parte moral por falta de operarios evangélicos. Como se ve, el pensamiento era grandioso, pero asaz atrevido, por todo lo que iremos viendo en las cartas que escribió el mismo P. Moreno.»

Admirables son, en efecto, esas cartas que luego transcribe el cronista, y que parecen escritas por un San Francisco Javier. Refiere en ellas el viaje que hizo en compañía de otros dos Padres y un Hermano, internándose por los Llanos, y trabajando todos como apóstoles en los pueblos y rancherías adónde llegaban.

Su objetivo era por entonces Orocué, y una vez instalada aquella Misión, dejó el Padre Ezequiel a sus compañeros y continuo solo la exploración de terrenos donde pudieran establecerse otras Misiones. Oigámosle cómo cuenta su partida y veamos el retrato vivo de su alma y las elevaciones de su fervorosísimo espíritu.

> «Me despedí llorando de mis buenos hermanos, y ellos lloraban también... Me aparté de ellos ocultando en lo posible lo conmovido que estaba, y por el «camino me acordaba de ellos y seguía llorando, no por ir solo, sino porque los dejaba solos, y deseaba en gran manera haber seguido en su compañía y servirles de algo. —Recuerdo que en aquellos momentos, ó más bien en todo aquel día, pedí por ellos con fervor extraordinario á Dios nuestro Señor, á su Santísima Madre y á nuestra Beata Inés de Beniganim para que los cuidaran, fortalecieran é hicieran fructuosos sus trabajos.»

Iba con unos indios que habían estado en las fiestas de Orocué.

---

[3] R. P. Fr. Santiago Matute del Santísimo Cristo de la Tercera Orden.

«Mientras preparaban la comida (¡qué comida y después de más de diez horas de penosa marcha!), mientras preparaban la comida, continúa diciendo el Padre, saqué mi cartera y anoté lo que voy escribiendo, y desahogué mi espíritu con estas líneas que copio de los apuntes: «Siento que mi corazón desea volver á estas tierras para quedarme en ellas, y entregar mi alma al Señor en el temido Casanare. ¡Se puede trabajar tanto por la gloria de Dios y bien de las almas! Cierto que hay que estar desprendido de todo, y ser sólo de Dios para llevar la vida de misionero de infieles, pero el Señor hará que de todo me desprenda: su gracia es poderosa. Me consuela hoy más que otras veces, el escribir estas cosas y hablar con el Señor. No puedo hoy hablar con mis Hermanos, puedo decir que estoy solo debajo de unos árboles en estas inmensidades desiertas, y me distrae agradablemente el acordarme de mi Dios, hablar con El, pensar en sus cosas y en lo mucho que le debe agradar el que todo lo sacrifiquemos por El, y nos entreguemos á esta vida de privaciones de todo género. Además, ¡pasa tan pronto la vida! Y si desde estos Llanos voy al cielo, ¿qué más necesito y qué más quiero?»

¡Quién le dijera entonces que, no desde los Llanos de Casanare, sino desde su celda de Monteagudo, había de volar su alma al cielo!

Para seguir desempeñando su Provincialato é interesar á todos en favor de sus queridas Misiones, tomó el P. Ezequiel á la capital de la República colombiana, cuyos cristianos gobernantes comprendieron la importancia, no solamente religiosa, sino patriótica y civilizadora de aquella empresa, y desde luego favorecieron su planteamiento y desarrollo. En julio de 1893 fué aprobada en Roma la erección del Vicariato Apostólico de Casanare y la presentación para Vicario, con carácter episcopal, del Rdo. P. Ezequiel Moreno, á quien sorprendió y aterró la segunda parte del Breve pontificio. Hizo cuanto estuvo en su mano para no aceptar el honroso cargo, y «fué preciso que el Superior le mandase una y otra vez con toda la fuerza y poder de su autoridad rendir su cabeza al peso de la mitra». Tenía ésta para el Ilmo. Sr. Moreno un solo atractivo, el ser allí y en aquellas circunstancias *bonum opus* ardua tarea, nuevo holocausto de sí mismo, sin brillanteces de Catedral y Palacio. El que «había dado espléndidas pruebas de piedad, religión, celo, doctrina, prudencia y consejo» -son palabras del soberano Pontífice León XIII- recibió la consagración episcopal en Santa Fe de Bogotá el 1.° de Mayo 1894, como Obispo Titular de Pinara, Vicario Apostólico de Casanare, con residencia en Támara.

Recibidos con nueva abundancia y especial carácter los dones del Espíritu Santo, desplegó el Sr. Moreno especial y nuevo celo en el

desempeño de sus funciones. Sin hablar de sus dos preciosas Pastorales, donde, como en todos sus escritos, se saborean dulzuras de santidad, mentaré lo que de él nos dice el cronista al describir la revolución colombiana de 1895:

> «Hallábase á la sazón el Ilmo. Sr. Moreno haciendo su pastoral visita por los pueblos del territorio de su Vicariato Apostólico, prodigando el bien por dondequiera que pasaba, á imitación del divino Maestro; y después de haber recorrido los pueblos de Pajarito, Recetor, Chárneza, San Pedro de Arimena y el Maní, obviando dificultades, llevando la paz á las conciencias, derramando en apenados corazones el bálsamo consolador de la religión católica...; encontrábase en el pueblo de Santa Elena, cuando al otro día de su llegada se vió precisado á salir precipitadamente, por un aviso que en secreto le comunicaron, según el cual no tardaría en llegar allí una comisión de los revolucionarios, que traía la orden terminante de ponerle preso. Después de mil fatigas por escabrosos caminos, le asaltó una partida de aquellos desalmados, quienes le exigieron en tono imperante é irrespetuoso el pasaporte.
>
> —No llevo otro, les contestó el Sr. Moreno, que este pectoral, y me parece suficiente.»

Desconcertados y admirados ante la digna y enérgica actitud del que debieron respetar, no solamente le dejaron seguir á su residencia deTámara, sino que el jefe de la fuerza proporcionó alimento, de que el señor Obispo y sus acompañantes estaban muy necesitados.

Era voluntad del Altísimo que ese astro de virtudes, esa antorcha que ardía y brillaba, emitiera su luz en otro horizonte y vivificase muchas más almas con los ardores de su celo. Tantos y tan relevantes eran los méritos del Ilmo. P. Ezequiel, que, á pesar de ser español, fué propuesto por el gobierno de aquella República para la diócesis de Pasto. Hace aquí muy al caso lo que en la Pastoral de entrada decía á sus nuevos hijos:

> «Habíamos ido á Casanare como Vicario Apostóhco, en la firme persuasión de permanecer allí hasta la muerte y en la creencia absoluta de que desde pobre habitación, ó desde las playas de sus ríos, ó la espesura de sus bosques, íbamos á presentarnos al Eterno juez como escudados y defendidos con las privaciones y trabajos que teníamos que sufrir, para procurar en lo posible la salvación eterna de aquella nuestra grey diseminada por un suelo extenso, poco sano hasta el presente, no abundante en recursos y no escaso en incomodidades y peligros. Tenemos que decir con ingenuidad que esa idea de pasar á la otra vida

después de unos años de pobreza, de privaciones y sufrimientos, no dejaba de halagamos en nuestros ratos de meditación sobre nuestro porvenir eterno; y por lo mismo, al recibir la noticia de nuestro traslado, nos ocurrió al momento esta pregunta: ¿nos habremos hecho indignos de sufrir por Dios nuestro Señor? Indignos somos, en efecto, de tal dicha.»

Precisamente porque era digno de sufrir por Dios fué llevado á la diócesis de Pasto, que está en los límites de Colombia y casi en la frontera del Ecuador, antes tan religiosamente feliz y hoy tan desgraciado. ¡Oh! ¡Qué dotes de inteligencia y de carácter desplegó allí nuestro venerado Obispo! Es verdad que tenía un entendimiento claro y una instrucción a la altura de su elevada dignidad, pero no era un genio ni un talento excepcionalmente privilegiado, y sin embargo, discurre en todo con gran serenidad de juicio y con un criterio tan seguro como sorprendente. De temperamento pacífico y acaso hasta tímido, pónese allí al frente de las huestes católicas, del ejército de la verdad, y lucha victorioso, por espacio de diez años, contra el error y el vicio. Para nosotros, el secreto de su saber, de su valía espiritual, del temple de su alma está. revelado en el escudo de sus armas episcopales, formadas por un solo cuartel donde campea el Corazón de Jesús y en la orla se lee esta divisa: *Fortitudo mea et refugium meum es ut:* Tú eres mi fortaleza y refugio[4].

Tomando posiciones en ese campo de luz y de amor, campo atrincherado de espinas y ceñido con las fortalezas del León de Judá, respondió el insigne Obispo de Pasto al reto de los enemigos de Dios, é hizo desde el principio de su pontificado crudísima guerra á la herejía que resume todas las herejías, al error que es fruto y germen de todos los errores, al liberalismo, de cuya malicia intrínseca y funestas consecuencias en el orden religioso y en el orden social no acabamos de percatamos. Era muy natural que el liberalismo, ó sea el partido revolucionario de aquel país, aborreciese su tenaz y valeroso adversario, á quien hizo blanco de sus furores, arrojando contra él los dardos de la maledicencia y de la calumnia, dardos lanzados desde dentro y sobre todo desde fuera de Colombia. Y llegó la osadía hasta el punto de acusarle como perturbador del orden público y de la disciplina religiosa, nada menos que ante Roma, presentando los cargos tan hipócritamente disfrazados, que el Sr. Moreno creyó conveniente personarse ante el Sumo Pontífice. Sólo una entrevista con el sapientísimo León XIII bastó para disipar la terrible tormenta formada no tanto sobre la cabeza del Obispo, quien no hubiese en tal caso conju-

[4] SaIm. XXX, 4.

rado la nube, sino sobre la diócesis de Pasto y sobre toda la Colombia.

No cesó nuestro esforzado adalid de luchar por la buena causa, ni tampoco cesaron sus enemigos de injuriarle. Peleaba el señor Obispo con las armas de la caridad, de la nobleza y de la lógica, y contestaban sus adversarios con las del odio, de la ruindad y de la descarada mentira, obligándole el año pasado a presentarse en Bogotá como antes se había presentado en Roma, y triunfando allí como había triunfado aquí. Al salir de Pasto el llmo. Sr. Moreno, cantaron victoria sus contrarios, asegurando que no volvería á la diócesis; y cuando se supo que á la diócesis volvía, esparcieron la voz de su cambio de ideas. Regresó, en efecto, á Pasto y se le hizo un magnífico recibimiento por todos los buenos, recibimiento tan entusiasta, que no lo sería más el dispensado en Constantinopla á San Juan Crisóstomo. Ya sabían los verdaderos católicos que su amadísimo Padre no había cambiado, y así lo aseguró contestando á los discursos de felicitación con estas palabras: «el viaje no me ha cambiado en nada; soy el mismo Obispo defensor de la verdad.»

Por cierto que en aquella espontánea y consoladora manifestación del pueblo católico hubo un detalle, cuya lectura me conmovió hondamente:

> «En el trayecto, dice la reseña, había grupos de gente sencilla y buena, que gozosos caían de rodillas al divisar al Prelado. De uno de esos grupos se adelantó una joven madre con su niño en brazos. El *nene* con un ademán encantador ofreció al viajero una corona de plumas blancas rodeada de una cinta escarlata. Y la frente del Mitrado ilustre se inclinó para recibir la ofrenda de la fe por medio de la inocencia. ¿Qué diría esa corona al ilustrísimo Moreno?... »

No sé lo que diría el Sr. Moreno; para mí esa corona era viva semblanza del cáliz ofrecido por el ángel á nuestro divino Redentor en el huerto de Getsemani, era la corona del martirio.

Dada la implacable saña de los sectarios contra el integérrimo y celoso Obispo, todos presentíamos que había de ser mártir.

> «Con vuestro último viaje, le decían las Betlemitas en mensaje de gratitud filial y de enhorabuena por su regresa á la diócesis, con vuestro último viaje habéis puesto en indiscutible evidencia que estáis pronto á dar gustoso, si menester fuera, la misma vida por la salud de vuestro rebaño. Ante Colombia entera os habéis presentado revestido de imponente majestad y bañado en las auroras del verdadero heroismo con la diestra extendida en actitud de asir la simbólica palma de los supremos sacrificios.»

Y mártir ha sido el Ilmo. Sr. Moreno, mártir con tanta mayor mérito, cuanto que no ha tenido la aureola visible de quien muere por la fe al golpe de cruel verdugo. Ha sida mártir de la verdad, del dolor y del espíritu. ¡Cuánto ha sufrido por espacio de diez años al defender la verdad católica! y sufría, no por la molestia y trabajo que esto le causara pues hacíalo de buen grado obedeciendo á su fe y á sus convicciones, sino porque el error y la proterbia de algunos de sus hijos, atravesaba su paternal corazón. No puedo detenerme en referir este martirio del amor, ni hacer otra cosa que indicar su martirio de dolor sufrido con pasmosa, con heroica paciencia, viendo vertida tan abundantemente su sangre en dolorosísimas y repetidas operaciones, soportadas con valor sobrehumano, sin exhalar un quejido, tanto que ponía admiración en los operadores y en cuantos presenciaban las cruentísimas escenas. Sabemos que en aquellos actos ofrecía al Corazón de Jesús los dolores consiguientes, unas veces por las necesidades espirituales de su diócesis, otra por la conversión de los pecadores y otras por las benditas almas del purgatorio, y esto le daba una fortaleza que bien puede calificarse de sobrenatural.

Terminaré diciendo dos palabras acerca del martirio de su espíritu. Siempre devoto del divino Corazón, cuya sagrada imagen veo ahí enfrente como velando ante el cadáver, siempre devotísimo, siempre del divino Corazón de Jesús, ese afecto tomó mayores y más celestiales proporciones desde que fué consagrado Obispo, y mucho más, desde que en Pasto conoció á las religiosas Betlemitas, cuya reformadora, la Madre Encarnación, muerta en olor de santidad el 24 de Agosto de 1886, fué la Margarita Alacoque de América, pues varias veces se le apareció el Sacratísimo Corazón atravesado con diez dardos, en significación de las ofensas hechas á Dios al quebrantar sus mandamientos y quejándose de que los hombres no le desagraviasen rindiendo culto á sus dolores. A desagraviarle se dedicó nuestro amado Obispo, escribiendo un librito muy substancioso, titulado: *Dolores internos del Corazón de* Jesús, y fundando la Liga Santa de víctimas del Sagrado Corazón. En esa liga formaba él á la cabeza de los asociados del segundo grado que piden no sólo conformidad en los trabajos, sino todo género de trabajos y tribulaciones, y al efecto compuso y rezaba una oración cuyo final dice:

> «Contando ¡oh Jesús mío! con vuestra gracia, que os pido humildemente, mandadme dolores, enfermedades, pobreza, desgracias, amarguras, angustias, desolaciones, lo que queráis. Soy, amor mío, vuestra víctima! Haced de mí lo que os plazca en el tiempo y en la eternidad, con tal que se salven almas, os dé alguna gloria y proporcione algún consuelo á vuestro amantísimo Corazón. Amén.»

Y el Señor le oyó concediéndole padecer, y padecer sin el menor consuelo, en terrible desolación espiritual, pudiendo proferir su alma crucificada, el *Deus, Deus meus ut quid dereliquisto me*[5]. Buscaba á Dios donde siempre se le halla, en los dolores, en los trabajos, en las cruces, y ni allí encontraba a su amado, sirviéndole esto de incentivo para amarle más. Ved ahí lo más alto de la virtud, lo más sublime de la perfección cristiana, lo que más merece los lauros del heroismo: este ha sido para él el martirio más acerbo y el que le ha conquistado la más hermosa palma, la más brillante corona.

Ya pasaron aquellas arideces de espíritu, ya terminó aquella escena del Calvario, ya dice con la Esposa de los Cantares: *Inveni quem diligit anima mea*[6]; he hallado ya el que ama mi alma, le tengo y no le dejaré. Pues, diciendo San Pablo, si padecemos con Cristo, con El seremos glorificados[7]; si el mismo apóstol escribe que á los predestinados por Dios para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo, también los ha llamado y justificado y glorificado[8], ¿no podremos decir que está en el cielo esa alma tan conforme a la imagen de Jesús, el que tanto ha padecido con Jesús y por Jesús? El piadoso joven que respondió fidelísimamente á la gracia de la vocación para el estado religioso; el que brillo en virtudes durante el noviciado y constado y brillo todavía más en las Misiones de Filipinas; el que fué en este Colegio modelo de Rectores y mereció lucir en los horizontes americanos, como Misionero, como Provincial y corno Obispo; el que siempre cumplió á maravilla con los deberes de su estado; el que con lágrimas, sollozos y ardientes jaculatorias oraba por espacio de seis ó más horas al día; el que nunca desplegó sus labios en son de queja ó reproche contra sus ofensores; el que fué tan amante de la pobreza, y realmente pobre, que no contaba ni con lo más necesario; el que con valor apostólico confesó a Jesucristo delante de los hombres; el que sufrió tanto y tan heroicamente; el que, inflamado su corazón en el fuego del amor divino, que Jesús vino á traer sobre la tierra, trabajó corno excelente operario evangélico por la gloria de Dios y la salvación de las almas...; el que así vive y así muere, ¿no es un justo? ¿no es un santo?

Noble ciudad de Alfaro, aquí tan dignamente representada, tú fuiste la primera cuna de nuestros nuevos Colegios, tú has dado constantemente á la Descalcez Agustiniana tus simpatías y tantos

---

[5] Math., XXVII, 26.

[6] Cant., VIII, 4.

[7] Rom., VIII, 17.

[8] Rom VIII, 29.

religiosos notabilísimos en ciencia y en virtudes: recibe hoy un estrecho abrazo de mi querida Orden Recoletana, que si llora contigo, contigo también se congratula diciéndote: *tenemos un hijo santo.*

Ilustre villa de Monteagudo, hoy quedan nueva y especialmente ratificadas tus fraternales y filiales relaciones con los hijos de San Agustín. Por espacio de setenta y siete años ha sido nuestra Descalcez la encargada de rendir culto á esa Princesa, á esa Emperatriz de los cielos en este Santuario. Hemos gozado con tus alegrías y llorado con tus penas, y nuestras alegrías y penas han sido también tuyas. Hoy nos acompañas en nuestro dolor y en nuestra gloria. Tu cementerio guarda los venerables restos de muchos de nuestros religiosos, y guarda también las reliquias de aquel bendito, inolvidable y venerable Padre Juan Gascón del Angel Custodio. Ahora queda enriquecida esta iglesia con otras reliquias, con los restos del Ilmo. Sr. D Fr. Ezequiel Moreno y Díaz**.**

¡Oh sacratísima Virgen del Camino!, Madre mía, Madre de mi amadísima Descalcez, fuisteis las delicias de ese vuestro hijo y devotísimo siervo que dice hoy: *sub umbra illius quem desideraveram sedi*[9]*;* veo cumplidos mis anhelos de descansar bajo la sombra, bajo el amparo de mi querida Madre en el Santuario de mis encantos. Virgen Purísima, ya habréis introducido su alma en las mansiones del cielo; pero si aún estuviese en el purgatorio, sea este el momento en que la subáis á la gloria, para que en la bienaventuranza, seguro de su dicha, esté iluminado y solícito por la nuestra, con la luz perpetua y brille por toda la eternidad.

Anima ejus et animae fidelium defunctorum per misericordiam Dei requiescant in pace. Amen.

---

[9] Cant., II, 3.